

XLIV

Biblioteca Mignon

JOSÉ ZAHONERO

PASOS Y CUENTOS CÓMICOS

Ilust. de la Srta. A. L. Brime.



MADRID

Viuda de Rodríguez Serra

Salud núm 19.



DG

A

t. 172065

c. 1223459



BIBLIOTECA MIGNON

Imp. Marzo, S. Hermenegildo. 3ª d.º
Teléfono, 1.977.

PASOS Y CUENTOS CÓMICOS

BIBLIOTECA MIGNON
á 0,75 céntimos tomo.

- I. V. Medina.—*Aires murcianos*
- II. A. Palacio Valdés.—*i. Scio.*
- III. Clarin.—*Las dos cajas.*
- IV. Wagner.—*Historia de un músico en Paris*
- V. González Serrano.—*Siluetas.*
- VI. J. Valera.—*El pájaro verde.*
- VII. Luis Bonafoux.—*Risas y lágrimas.*
- VIII. J. O. Picón.—*Cuentos.*
- IX. Becerro de Bengoa.—*El recién nacido.*
- X. J. O. y Munilla.—*Tremieiga.*
- XI. J. M. de Pereda.—*Para ser buen arriero...*
- XII. Alfonso Daudet.—*Una anécdota del segundo Imperio.*
- XIII. V. Blasco Ibáñez.—*La cencerrada.*
- XIV. G. Martínez Sierra.—*Almas ausentes.*
- XV. E. Menéndez y Pelayo.—*A la sombra de un roble.*
- XVI. G. Núñez de Arce.—*Sancho Gil.*
- XVII. Blanca de los Rios.—*Melita Palma.*
- XVIII. Arturo Reyes.—*Cuentos andaluces.*
- XIX. P. A. de Alarcón.—*El clavo.*
- XX. M. Tolosa Latour.—*Hombradas.*
- XXI. J. Benavente.—*Cartas de mujeres.*
- XXII. Narciso Oller.—*La bofetada.*
- XXIII. E. Marquina.—*Eglogas.*
- XXIV. P. Baroja.—*Idilios vascos.*
- XXV. F. Acebal.—*De buena cepa.*
- XXVI. Dr. Mariscal.—*Morfinismo.*
- XXVII. M. del Palacio.—*Un soldado de ayer.*
- XXVIII. M. Cervantes.—*Curioso impertinente.*
- XXIX. Dr. Calatraveño.—*Los niños quesutren.*
- XXX. Jacinto Benavente.—*Cartas de mujeres.*
- XXXI. Manuel Ugarte.—*Cuentos de la jampa.*
- XXXII. B. Rodríguez Serra.—*Idilios rotos.*
- XXXIII. Valle Inclán.—*Jardín de invierno.*
- XXXIV. J. Echegaray.—*Los sueños de Colilla.*
- XXXV. Luis Taboada.—*Los cuisis.*
- XXXVI. Eduardo L. Chavarría.—*Armónica.*
- XXXVII. E. G. Carrillo.—*Las mujeres de Zola.*
- XXXVIII. J. Dicenta.—*La finca de los muertos.*
- XXXIX. Escobar.—*Cosecha de mi tierra.*
- XL. Santiago Rusiñol.—*Hojas de la vida.*
- XLI. R. Blasco Fombona.—*Cuentos americanos.*
- XLII. Carmen de Burgos Seguí.—*Alucinación.*
- XLIII. J. Pérez Zúñiga.—*Villapelona de abajo.*

XLIV

Biblioteca Mignon.

JOSÉ ZAHONERO

PASOS Y CUENTOS CÓMICOS



ILUSTR. DE LA SRTA. A. L. BRIMM

MADRID

VIUDA DE RODRÍGUEZ SERRA

Salud, número 19.

—
1905



R.138850

LAS MANOS DE HECHIZO

P A S O

PERSONAS: Mengo y Polito, montaraces cabrerizos. — Pedro, capitán de soldados.

Es la ocurrencia de este paso en un monte aridísimo y áspero, en el cual hay algunas marañas zarzosas y muchos peñascos.

MENGO. — ¡Polito! Mochacho, ¿quién vido al mi mastín? Mala perra 'e dió tufillo de hembra en el hocico,

pesia á tall, que eso fué y él se huyó tras ella, que no hay otro para sacar rastro en este monte. Ronco estoy de llamarlo mucho á voces altas, tengo apretado el gáznate de la gritería que hice y seca la boca de silbar, y el malventurado perro no se aparece. ¿Hasle visto tú por alguna parte?

POLITO.—No vi, ni he de buscarlo, que pienso que te lo han embrujado.

MENGO.—No mientes brujería, que me da temblor de so oirlo. ¿Para qué tal malicias?

POLITO.—Más que malecio, dígo-te que en el monte ronda duende ó el mesmo malo.

MENGO.—¡Josús y Santa Maríal

POLITO.—Yo le vide, yo le vide por andarriales de abajo y parece en semejanza á un hombre, y muy



pulido, que lleva en la cabeza una montera emplumada, á lo señor.

MENGO.—¡Hidalguillo sera que vino á holgarse!

POLITO.—Siendo cuando no le vieres las manos. ¡Mal si las vieres, que no son sino manotas, antes que manos de hombre humano. Ellas son gordas, que no se les ven señaladas las rugas y partecillas de los dedos que tiene amorcillados, y entrambas de color pajismo y anegrecido... Mas no tienen uñas, de lo que yo colijo es el tal duende y no diablo! Así te habrá embrujado el tu mastín.

MENGO.—No quisiera hallarme con el pantasma que dices; ve á buscar por allá el perro... yo por acá de sotro lado miraré...

POLITO.—Buscaré, buscaré... Mas tengo de cierto que ni tú ni yo ha-

bremos de hallarlo... Dios te guarde.

MENGO.—¡Fué! ¿Será que me
embrujaan el perro?



PEDRO.—¿Dónde va el buen hom-
bre?

MENGO.—¡Santa Virgen! El que

dijo Polito es... ¡esas sus manotas!
¡Válgame el señor San Juan!

PEDRO.—¿No me responde?

MENGO.—Cabrerizo soy y cabras guardo. Ansí de día y de noche y porque hiele ó porque abraze el sol, no me salgo de este monte, que aqu me parió la mi madre y en el monte vivo y viviré lo que Dios quisiere y de ello sea servido; y acá he de morir, que es todo el mundo, y más dél no quiero ver... Ando en busca de un mastín que escapó de junto á las cabras.

PEDRO.—¿Sabrás decirme si llevo por aquí camino para la ciudad? Anduve por estas selvas cazando y me he extraviado.

MENGO.—El maligno hace disimulo.

PEDRO.—¿Qué refunfuñas?

MENGO.— Extráñome que dice

que está trabado y miro que las piernas tiene sueltas, y no veo la soguilla que las trabe.

PEDRO.—¡Rústico eres! Extraviado dije, que no trabado; y con este dije que me hallo fuera de camino. Yo busco camino como tú buscas tu perro. ¿El es corpulento?

MENGO.—¡Así es!

PEDRO.—¿Cabezudo? ¿Tiene grande la boca y por ella le cuelga los bezos?

MENGO.—Así es.

PEDRO.—¿Le relucen mucho los ojos?

MENGO.—¿Ay, Dios... brujo es éste! Como brasas.

PEDRO.—¿Tiene muy áspero y espantoso ladrar?

MENGO.—¡Ah, señor hechicero... desencántemelo!... Mire que no hay otro más fiero contra el lobo; y que

se desmanara la manada de las mis cabras... y habreisme perdido.

PEDRO.—¡Hechicero yo!

MENGO.—Polito dijo bien; la su merced hechizó al mi mastín, que bien da las señales.

PEDRO.—¡Sandiol! ¿No dices que es mastín? pues pintara y abultara, según, parecido, con todos los mastines; sí que así será como los de esta naturaleza, bien que tenga pequeña diferencias ó signos en que se distinga... ¿De qué piensas que pude yo embrujarlo?

MENGO.—No hay sino que mirarle las manos á la su merced, que son de forma y color que otras no tienen. ¡No me amague con ellas, que so medroso!

PEDRO.—¡Ja, ja, ja! He de reir con este montaraz. Amedréntanle mis guantes; sin duda, nunca vió cosa

tal como ellos y hace de ellos superstición. ¿Qué hará cuando yo me los descalce?

MENGO.—Murmurando está algún conjuro.

PEDRO.—Allégate á mí.

MENGO.—No haré tal, que todo el cuerpo me tiembla, y por duende te tuve y por duende te miro.

PEDRO.—¿Así te asustan mis manos? Suaves son... ¿quiéreslo sentir? ¡No huyas!

MENGO.—¡Oh, santa Virgen! ¡Válanme todos los santos! No quiero tratos con el malo... ¡Arre allá!

PEDRO.—¿Habrá simplicidad más rústica, idiotez más crasa, ignorancia más obscura, superstición más necia? ¿Quién piensas que soy?...

MENGO.—Ya lo dije, duende é brujo...

PEDRO.—Bien, me has conocido.

Agudo eres y no te engaña á ti el sabio Merlín, que es el Salomón de la magia.. ¡Si tú supieras lo que yo puedo hacer con mis manos!... Piea-



sa que cuanto yo quisiere... hácese de soplo. Estas mis manos volanderas son, que ir pueden por el aire.

MENGO.—Si con esas sus manos me tocara, pienso que me convertiría en piedra ó en lo que fuera de su antojo, que yo me convirtiere... en lo que habrá convertido á mi perro!

PEDRO.—Sosíégate, no pases cui-

dato, pues en verdad que á mí también, aunque mías, me enojan estas manos, y como puedo por el encantamiento quitármelas, lo hago y voy á valerme de otras.

MENGO.—¡Cielo de Dios! ¿Qué hace?... ¡Se desuella! ¡No, que muda de manos como yo de sayo! ¿Qué artes usa? Del diablo serán, que el diablo anda en todo esto, que otro non. ¿Pues así quitase un miembro del su cuerpo y le cambia por otro miembro? ¿Qué es tal? ¿Caperuza nueva por caperuza vieja? ¿Dígase árbol que deja un hoja y echa otra?

PEDRO.—No corras, hombre... que no he de hacerte mal... Mucho miedo me tienes.

MENGO.—Miedo no tuve de cosas de este mundo... pero con las del otro no es afrenta la cobardía...

PEDRO.—Conque ¿por brujo me tomás?

MENGO.—¡Tomete el mismo diablo!...

PEDRO.—Pues donde yo no pudiere cogerte pronto... bastárame echar sobre tí estotras manos... que son volanderas y andan lindamente por el aire, y allá se van con los dedos muy abiertos para agarrarte de los cabellos... y traerte junto á mí forzadamente, ya que acercarte á mí no quieres de tu grado.

MENGO.—¡Ampárame mi Angel de Guarda! ¡Que se me vienen encima y cuando me tocaron haránme de piedra ó me trocarán en árbol ó en alimaña!...

PEDRO.—¡Ja, ja! ¡No tuve tino! Miralas; á ti no llegaron quedas están ahí como muertas en el suelo y no se alzarán...

MENGO.—... ¡Ahí de tal!... ¡No me hace ese engaño!...

PEDRO.—Llégate á ellas, tómalas, míralas despacio y las perderás el miedo.

MENGO.—... Llegarme... mejor huiría... Si no temiese que saltaran á prenderme.

POLITO.—¡Tejo! ¡Tejo!... ¡Ven-ga acá, maldecido perro!

MENGO.—¡Qué oigo; aulla el Tejo! Allá viene... No me lo han embrujado.

POLITO.—¡Us! ¡Us! ¡Us! Búsca-la... ¡Avíol! ¡Ha cogido una de las manotas del hechicero!

MENGO.—¡Anda! y la restriega de recio contra el suelo y desgarray atriza... Ahora coge la otra y se la lleva en ellos... ¡jo! ¡jo! Vén-ganse acá con embrujadas.

PEDRO.—¡Cuerpo de tal! ¡Dios

confunda á esa bestial! Deshízome los guantes... ¡Miren que eran prendas de corte!

POLITO.—¡Cómo se enfurece por que perdió las manotas!

MENGO.—¡Quédanle manos!

PEDRO.—¡Ah, villanos! Malíciome que no pensasteis en eso de los hechizos... ¿Pues no sabíades que había guantes y que éstos son, como las calzas para las piernas, vestidos de las manos?

MENGO.—Vestir las manos, ¿quién tal creyera? Pues si las manos han de holgar, haránlo desnudas, porque mejor se huelga el cuerpo en la cama; y así, los que la han, desnúdanse para acostarse, que para trabajar no me sé qué trabajo se hará con manos embozadas y en prisión...

PEDRO.—Pícaros sois, que no rus-

ticos... Tentado me siento de castigar vuestra burla. A fe de capitán, que soy... lo haría...

POLITO.—¿Hace ademán de sacar la espada? Huyamos, Mengo...

MENGO.—¿Burla? Antes burlóse su merced... ¡Huyamos Polito, que el hombre es sanguinario!

PEDRO.—No huyáis... Decidme luego qué camino he de seguir para...

MENGO.—Tírese vuestra merced abajo... Tuerza hacia un lado, re-tuerza para el otro... Siga para acá, vaya por allá... y ande, ande... ¡Ja, ¡ja, ja!

PEDRO.—Vóime... donde no... ¡Sabe Dios lo que hiciera!

POLITO.—¡Marchóse!... ¡Abrazame, hermano Mengo!... ¡No hay hechicerías!

MENGO . — ¡ Abrazame, Polito

Buen miedo hemos pasado. ¡Je,
je, je!

POLITO. — ¡Ja, ja, ja!

MENGO. — El burlador salió bur-
lado,

eso no hay que decillo,
sus burlas le hicimos hartas,
y aquí termina el pasillo,
perdonad sus muchas faltas.

LA SEÑALEZA DE ORO

PASO

PERSONAS: **Lino** (*herbolario y droguero*). — **Flora** (*mujer de Lino*). — **Petrilla** (*moza*). — **Topo** (*ma-cebo de la droguería*). — **Jacinto** (*mercader de cintas y joyas*). — **Alguacil**.
Dos corchetes.

(El teatro representa una sala espaciosa con una puerta y una ventana al fondo, y así à uno y otro lado sendas puertas. Habrá, donde se quisiere, colocado un armario para las hierbas y drogas, y junto

á este una mesa con redomas de vidrio, una alquitarra y un mortero. Sillas y un cau-al-pie.)

ESCENA PRIMERA

(Lino removiendo con un cucharón en una cazuela una mixtura ó droga compuesta, Flora sentada é hilando).

FLORA.—¿Paréceos bien, seor marido, que vaya cuenta ya de muchos días que no veo el sol, pues ni dejaisme á mí salir donde él me dicre, ni á él le dejáis entrar según lo muy entornadas que tenéis las ventanas... ¿También se os antoja por galán el sol y os quema de celos?

LINO.—*(Con dulzonería).* Cuando así fuere que del mesmo sol me encelara, ¡miren si sería donosa loca-

ra!, por tal bien probado quedaba el mucho amor que os tengo. Guardaba, dirán, ese marido á su mujer como á joya en cofrecillo ó como á santica en el su camarín.



FLORA.—Mejor dirán que como á una hierbuja desflorida y seca, que así voy á quedarme en esta sombría y clausura.

LINO.—¡Ta, ta! Cuando no hay sino mirar esa blancura de tu cara y lo que relumbran tus ojos y lo encarnado de tus labios para desmentir á los que eso que dices dijeren.

FLORA.—Pues desmiéntelos con que yo aparezca y me vean... ¡Ay, desdichada de mí, que nunca quise celda y me tengo cárcel de por vida!

Una voz fuera.—¡Vengan á mercar cintas de muchos colores, que las traigo de gusto, y zarcillos y collares y aretes para los brazos y sortijas para adorno para regalo y señaleza!

LINO.—(*Apresurándose á entornar la ventana*). Entra un aire sutil que pudiera resfriarnos.

FLORA.—Resfriado estáis ya con helada voluntad por la codicia... pues pienso que esa voz es de vendedor y no queréis que la oiga para que no se me antoje cosa.

La voz fuera y un poco más cerca.—Zarcillos... collares..., pulseras y relicarios.

FLORA. — ¡Ay, marido mío!...

Mérqueme alguna joyuela, aunque no de mucho precio... Tendránme bien unos agujones para el cabello, que se desmanda y afloja y no hay aliño que los sostenga si no fuese que lo enclavare... Mire que lo necesito y son muy vistosos...

(Se pone en pie, deja la labor, y amorosa y suplicante, llégase á Lino.)

(Entra por la puerta del fondo Topo, jadeante y apresurado).

ESCENA II

Dichos y Topo.

LINO.—¡Agujones, agujones!

TOPO.—Señor licenciado... Vén-gase presto, que al barbero dióle de pronto un insulto que se le ha traba-do la lengua y la sofocación le aho-

ga y está colorado como una guinda.

FLORA.—¿Trabada la lengua? Perdió la navaja de más filo... que no había fama que él no cortara...

LINO.—(*Muy impaciente y afanado.*) ¡Venga el bolsón! (*Dale topo un bolsón de cuero con correa y póneselo Lino á la bandolera.*) Toma tú las sanguijuelas... ¡Suerte será que lleguemos con el remedio!... Guárdate adentro, mujer mia, que ya anoheció y he de cerrar la puerta, pronto será de noche... No abráis á nadie... ¡Pobre Liborio... y estaba tan bueno y sanote!

(*Flora recoge el cestillo de su labor, la rueca y el huso. Lino sale por la puerta del fondo seguido de Topo, que lleva una obscura redoma que habrá sacado del armario. Lino cierra tras sí la puerta.*)

ESCENA III

**Petrilla y Flora y después
Jacinto.**

(Asoma Petrilla la cabeza por la puerta de la izquierda, mira á uno y otro lado cuidadosamente, y luego, caminando de puntillas, se acerca donde se halla Flora, que estará de espaldas á ella y no la ha sentido llegar.)

PETRILLA.—¡Eh! señora... Ya se han ido... Vino recado de la mujer del barbero y tramé yo con Topo que no fuera él solo, sino que llevara á nostramo... Aguarde...

FLORA.—¿Qué trama me traes?

PETRILLA.—*(Se dirige á la ventana, la abre y hace por ella señas con la mano).*—Ya me «vido»... voy á abrirle.

Diríjese á la puerta, la abre y espera un instante junto á ella.

¡Ay qué alegórica!... Ya está aquí... Me escuece á mí hace quien dice el tiempo la gana de mercar un lazo...
(*A Jacinto que entra llevando pendiente de correa en bandolera una gran caja.*)

FLORA.—¿Qué haces embrujada que estás? ¡Llamas á mismo diablo! ¡Ay si viene el amo... y ve acá á este buen hombre!

PETRILLA.—Pierda cuidado que en tanto que él desangra aquí al barbero, seremos nosotras sanguijuelas de la bolsa de mi señor D. Lino, vuestro marido.

JACINTO.—Déjenme poner á mi en el suelo mi caja y alléguenme un banquillo, que vengo cansado. ¡Verán, verán qué lindezas y qué riquezas traigo! (*siéntase, abre la caja y*

va mostrando sus mercancías). Vean qué cintas, que bien parecen las del arco del cielo... ¡No se ve otro azul como éste! (*Enseña una cinta de este color.*) ¡Díganme si las amapolas del campo son más agranadas que ésta!



PETRILLA.—¡Bien me asentara á mí que soy morena! ¡Dela por mercadada... ponga dos cuartos de su mano, que es cumplida!

FLORA.—Dese priesa... por Dios, considere que es ya tarde y aún se ha de ocupar esa moza en aparejar la cena, y yo he de poner mano en

las últimas diligencias del gobierno de mi casa.

JACINTO.—No me atosigue vuestra señoría con esas priesas... que para todo hay lugar. Vea, señora, estos zarcillos. Dígame si no parece que el artífice los labró y pulió para esas orejitas, que prendidos en ellas les caerán como las gotas de rocío en las hojas de una rosa.

PETRILLA (*muy asombrada y juntando las manos*).—¡Qué majitos son y cómo relucen!...

FLORA.—¡Lindos son á fe mía! (*Los toma y con uno en cada mano se los acerca á las orejas.*)

JACINTO.—Y mucho... cuando puestos junto á esa hermosura aún lo parecen.

FLORA — (*devolviendo los pendientes*).—Guárdelos, que aunque gusto de ellos, no he de mercarlos...

y dígame ¿trae collares? ¿trae gargantillas? ¿trae relicarios? ¿trae sortijas? Muéstrelo... muéstrelo todo.

JACINTO.—Nada falta. ¿Sortija dijo vuestra señoría? Ha de ver una primorosa. Esta es... ponga la mano, ¡cuerpo de tal! que nunca vi, y ¡bien puedo jurarlo! mano como esta de mi señora... (*Mirando la mano que le alarga Flora.*) Menuda y llena, que le hace hoyitos la carne, tiene grosezuelos y luego por las yemas finos y muy apuntados los dedos. Hechizo es en el que tornará mucho realce este anillo, mírele, es de oro, y lleva en el arete mucha labor y está empedrado de granitos de diamantes y de rubies... este escudito liso así lo dejaron para burilar en él la cifra, la fecha ó lo que se quisiere. Los joyeros fabrican estos anillos para los amantes, son se-

ñalezas que usan los enamorados.

FLORA.—(*Retira la mano*). No es para mí... que ya sabe voarcé que soy mujer casada y honesta...

JACINTO.—Antojo tengo por verlo puesto en su mano (*alarga á Flora el anillo*), en ello no hay mal.

PETRILLA.—Póngaselo mi señora... que por esto no pece, más que si pecare... ¡buena penitencia habrá luego con la privación por siempre de un adorno tan vistoso!

JACINTO.—Si el su marido es galán bien puede hacer, á mi señora, su esposa, merced de regalarle la señaleza.

(*Toma Flora la sortija y se la encaja en el dedo anular de la mano derecha, y luego se mira y remira ésta con embeleso.*)

FLORA.—Entra bien, ni ciñe prieto ni huelga.

PETRILLA.—¡Cómo relumbra!

FLORA.—¡Será costoso!

JACINTO.—En verdad que ahora que veo en esa mano el anillo parece-me de más precio... bien que luego, cuando ya no esté en ella esa joyica, ha de parecerme de menos valor que el que tenía cuando os le enseñé. Joya es de riqueza y de mucho arte... Mas cuando venga vuestro señor marido y la viere...

FLORA.—Venir él, mi marido... No lo diga no sea que aparezca. ¡Ah! si él viera en mi mano este anillo (*hace ademán como de querer sacarse la sortija*) pensaría que estas refulgentes piedrezuelas eran brasas que con sus fuegos iban á incendiarle toda la hacienda.

PETRILLA (*sobresaltada*).—¡Los santos del cielo y las benditas ánimas del purgatorio nos valgan!...

que pienso que esos pasos que oigo son los de mi señor y ese resoplido el resuello de Topo...

(Suena un aldabonazo.)

¡Véalo, señora! vea como yo no me engaño, que en cuanto alguien se acerca á la puerta yo lo oigo... Ya están ahí... ¿Qué hacer?

FLORA.—¡Voyme, voyme... no quiero que aquí me vea! *(dirigese á la puerta de la izquierda.)*

JACINTO.—Repárese que se lleva el anillo. *(Suena otro aldabonazo.)*

PETRILLA.—Ya voy...

FLORA.—En verdad que ha sido en mí más el miedo que la atención... ¡Tome! *(La tiemblan las manos y muestra grande agitación; hace por quitárselo, mas sobrecogida de temor al ver á Lino que asoma por la puerta, esconde la mano adornada con el anillo)*

LINO.—Bien hallado sea vuestra merced aun tan á deshora. No es menester hablar (*Ap. en la red os tengo*) que ya la moza me dijo había vuesa merced venido á buscar el remedio que yo le diera para un dolor tan fuerte, que compadecidas las mujeres no excusaron de abriros la puerta.

TORO.—Ahitas estarán ya de sangre barberil... y tras de las carnes-tolendas, si carne tal puede ser tolerada, ya se refriegan en ceniza. Mañoso me soy como ninguno en esto.

PETRILLA.—Hínchate de necio más que los tres gusanos.

LINO (*acercándose á Jacinto, el cual estará asorado y receloso.*)— Señale bien la parte en que el dolor agudizo le daña... ¿Es esto?... ¿acá?... Vea como dí con ello... Comió de verduras acedadas que encienden

mucho y dan de sí vapores que causan sofoco y en esto está el mal... Acuéstese aquí y espere yo le daré remedio presto, que ha de salir sin dolor... y luego cuando le amagare—tomará sorbo de la medicina y quedará vuestra merced curado.

JACINTO (*llevado por Lino al can-al-pie, siéntase en éste*).—Mire, señor licenciado... que yo no siento..

LINO.—Déjeme... que yo bien sé ya lo que vuesa merced siente y padece, y ello es recio y de mucho sufrimiento.

(*Al volverse Lino para buscar en el armario una medicina, acércase Flora y habla en voz baja á Jacinto.*)

¡No le dé cuidado—siga el humor á mi marido, que yo he ingeniado un

medio para salir de todo! *(alto)*.
Acuéstese ahí.

LINO *(con una taza en la que ha hecho un brebaje)*. *(Daño no ha de causarle... pero ya le habrá de pesar haber entrado en quimera, casa de un herbolario)*. Tome, beba, ello es amargo...

JACINTO *(lleva la taza á la boca y hace que bebe, pero finge que el amargor del brebaje le da la tos, y al toser perfusa la cara de Lino que está delante y le da en los ojos, y cuando éste los limpia el mercader vierte el resto del contenido de la taza bajo el can-al-pie... y luego torna á hacer que bebe y que lo apura.)*

LINO.—¡Uff!

JACINTO.—¡Qué amargor!.. ¡Gran remedio ha de ser!

LINO *(tomando la taza)*.—*(Ap. To-*

do lo ha bebido. (alto) Tome, llévese esta botellica y vaya de camino á su casa... Dese priesa que el andar le hará bien...

JACINTO (*¿qué es irme sin el anillo?*).—No haré tal... (*alto*).

Marcho, dice bien el señor licenciado... Antes habré de pagar el remedio... (*Encaminase á donde Lino se halla; toma el cajón de las mercancías y luego lo vuelve á dejar en el suelo y lanza un grito y se retuerce como si le martirizaran muchos dolores*). Ah... huiii... ¡Oh! ¡Qué dolores...! Miren que yo estaba sano pecador de mí que acá he venido ¡ah! ¡ooh! dióme sin duda vuesa merced un veneno...

TOPO.—(*Aparte.*) Mire, señor, no le haya dado un tósigo por un purgante... y aquí se nos muera.

LINO.—¿Que hice?... (*lleno de te-*

rror). Véase ahora lo que es tener mujeres casquivanas que por un adorno... ponen en tales trances á sus maridos...

Detiénese á pensar un instante para sí. (*Pero ya caigo... burlarme quiere que no otra cosa.*) Toma, Topo, dos varas, que ese mal con flage-lar el cuerpo de este mercader se pasa.

FLORA.—(*Se pone ante Lino y Jacinto, y sin que aquél lo vea mete en la bolsa que lleva aún pendiente la sortija que antes muestra á Jacinto haciéndole señas.*)

No haréis tal... Porque este buen hombre bien puede gritar para que venga la santa hermandad y os amarre y encarcele por haberle atosiga-do para robarle.

LINO.—¿Qué dices?

JACINTO.—¡Favor! ¡Favor! (*alle-*

gándose á la ventana)... Los de la ronda...

LINO.—¿Qué grita ese hombre?

Un alguacil y dos corchetes

ALGUACIL.—¿Qué es esto? ¿Por qué grita ese hombre?

JACINTO.—Grito... porque ese señor licenciado cogióme un anillo-señaleza, que tiene escondido en esa bolsa... y no quiere devolverlo.

LINO.—Miente el bellaco... registrenme.

ALGUACIL (*registrando á Lino y sacando el anillo*).—¿Es este que aquí está?

JACINTO.—¡El mismo!

LINO.—¡Un demonio sois, mujer mía!...

FLORA (*en voz baja*).—¿Prometeisme mercarme esa señaleza? Yo os salvo.

JACINTO.—Yo así lo haré...

FLORA.—¡Ja, ja!... Miren si todo ello es gracioso, que esto no fué sino sólo juego... que ahora mi marido va dar á ese buen hombre el precio del anillo del dinero que desde hace muchos años guarda en una olla... y á vuestras mercedes de la justicia vino muy añejo que guarda en un cántaro... y á mí esta señaleza para que siempre tenga su memoria...

Y aquí el paso es acabado;
sus faltas hallen perdón,
y antes que corra el telón
denos su aplauso el senado.



LA GUERRA DE LAS DOS ROSAS

I

Estoy convencido de que nada hay más trágicamente cómico que ver dos ojillos medrosos y tristes entre una nariz descomunal, pujante, carnosa como la giba de un camello; saliente como la trompa de un elefante: y si bajo de ella aparece una boca que sonríe con amargura, ofrécese la carátula de la más irónica resignación. Veis un hombre soportando fatalmente aquel monstruo-

so apéndice con que le distinguió
Naturaleza.

—Y qué vas á hacer?

—¿Qué voy á hacer, Fermín? ¿Lo sé yo acaso? Contestaba con melancólico acento Perico, mirando á su amigo. Tú estás bien; empleado con un buen sueldo en una casa de banca. Hablas el inglés y el francés, eres un profesor contable y bordas con tu mano como calígrafo diestrisimo... además, eres simpático elegante... ¿Pero dónde voy yo... con un poquito de partida doble, algo de francés... letra mediana y entendimiento no muy vivo... y sobre todo, con esta cara?... ¿Sabes por qué causa he venido de Valladolid?

—Porque crees que en Madrid atan los perros con longanizas?

—Ca, hombre, ¡no! Porque me

despidió el principal diciendo...
«Sánchez, es imposible que por mucho que los ojos de usted alcancen, puedan ver más allá de sus narices!»

—¡Qué grosero!

—Eso, un grosero...—respondió Perico bajando la cabeza, como rendida al peso de su formidable nariz.

Una frase burlesca mata á un hombre... y Perico había salido de su pueblo por no sobrellevar por aquella cruel, estúpida genialidad de su principal, la marca de pública irrisión. A nadie le es fácil resignarse á ser objeto de desprecio.

Se hallaba en Madrid, con las manos en el bolsil'o, cansado de pedir trabajo... y sin una carta de recomendación, sin un cuarto, sin una esperanza. ¡Si; verdaderamente con un palmo de narices! Chasqueado por la impía suerte.

Y no podía decirse que la plaza no estuviera animada. ¡Cuánto comercio, qué incesante movimiento qué actividad en los negocios! La oferta y la demanda, el contraste, la fecunda sucesión de novedades... la fluente y refluyente movilidad del mercado eran incesantes...

¡Ah, pero Perico... estaba abatidísimo!

—¿Sabes lo que pienso, Pedro?... Pues pienso que no te debes desalentar... Dios nos ha dado á cada uno un don particular, un medio propio, una facultad, un órgano, una gracia... un talismán misterioso... ¿Cuál será en tí ese poder?... ¿Quién lo sabe? Vaya, voy á mi despacho... busca, explora... Tú hallarás.

La vida es una constante batalla; unas veces nos vencen, otras vence-

mos.. dijo animosamente á Perico su paisano Fermín, y se fué á la oficina dejándole pensativo y abatido... con un periódico en la mano.

Fijó en éste su atención y se puso á recorrer inmediatamente con los ojos la cuarta plana, todos los anuncios, tarea de todos los días, que precedía á la faena de recorrer luego con los pies todas las calles, guiándose por el plano aquel de la «Unión Anunciadora». Detúvose á leer dos anuncios nuevos:

«A la rosa blanca», competencia incesante, artículos de última novedad, sedas, telas, abrigos de señoras, bisutería y toda clase de artículos de lujo con baratura extrema. Montera, 10. Sánchez López y Compañía.»

Decía uno.

«A la rosa encarnada» ídem,

ídem... baratura inverosímil... Montero 15... Sánchez Sánchez y Compañía.»

Decía el otro.

Sí, aquello era una guerra feroz; dos grandes establecimientos del mismo género y en la misma calle. Erán unos Sánchez López y Compañía, contra unos Sánchez Sánchez y Compañía. Encarnizados competidores. Lema contra Lema; rótulo frente á rótulo... Estaban cargados de género sendos escaparates de los dos comercios, y las flamantes piezas de tela colgadas á las respectivas puertas parecían banderas de dos naciones en guerra implacable.

El público, ora aquí, ora al comercio de enfrente, acudía y picaba según la cantidad y calidad del cebo con que uno y otro mercader hacía el reclamo.

—¡Sánchez!.. ambos tienen el mismo apellido y el mismo sino... se dijo Perico, y sin dar importancia á esta coincidencia, resolvió presentarse á solicitar empleo en dichos establecimientos, sencillamente porque no había estado en ellos y se había propuesto recorrer todos los de Madrid.

Dirigióse primero á «La Rosa blanca»; entró con timidez, vió desde luego las risitas burlonas y las miradas de asombro con que le acogieron los dependientes y con que le miró el principal, pero, arrojándose, formuló la petición.

—No, no puede ser... no hace falta dependiente... Ya ve usted—dijo el orondo señor Sánchez López mostrando unas cuantas notas escritas en hermosos envidiables caracteres de letra...—todas estas son peticiones

que me hacen para lo mismo... Y no dijo más, y esto lo dijo desdeñosa, cortando de un modo brusco la conversación.

Pasó Perico á «La Rosa encarnada.»

—No, no hay...—replicó el principal sin fijar apenas su vista en el solicitante.

Sánchez Sánchez estaba de perro humor... En la última quincena había logrado ventaja su rival... y sin embargo, no eran los géneros que había ofrecido el adversario... ni mejores ni más elegantes que los que él ofrecía.

Debíase la ventaja sin duda á que el público se confundía... queriendo ir á «La Rosa encarnada», entraba en la blanca; queriendo tratar con un Sánchez, dirigíase á otro. Sánchez López, además, había puesto en

el escaparate un monigote de movimiento, que llamaba la atención y detenía al paso embobados á los transeuntes.

—¡Qué ideal! ¡Qué ideal para responder al ataque del enemigo!—pensaba con rabia Sánchez Sánchez.

—¿Quiere usted hacerme el favor de quedarse con esta nota?—dijo tímidamente Perico...— por si fuera necesario...

—¿Nota?... Désela usted á aquella señorita que está en el escritorio—contestó Sánchez Sánchez.

Dirigióse Perico á la ventanilla del escritorio; allí había una mujer de cerca de cuarenta años, no del todo mal parecida, la cual se asustó al ver aparecer por la ventanilla la nariguda cara de Perico.

Dicha señorita recogió con indiferencia la nota que Perico le dió;

mas cuando ya iba á marcharse el mozo detúvole aquélla, diciendole:

—Queda us'ed colocado... Veinticinco duros y mantenido. Yo soy



hermana del principal... ¡Lo dicho, dicho!

—¿Qué dice usted...?— exclamó lleno de sorpresa Perico.

—Que está usted colocado. Supongo que las referencias serán buenas.

—Sí, señorita... son excelentes... aunque no está bien... que yo lo diga...

—Bueno, bueno—contestó la se-

ñorita - y dejando el escritorio dirigióse á su hermano, habló con él en voz baja, Sánchez Sánchez expresó en su rostro una súbita alegría, miró á Perico y luego hizo signos de asentimiento.

¡Cosa más extraña!

Quedó en la casa; empezó á trabajar en el mostrador, y al cabo de algunos días pudo notar la satisfacción que sus principales sentían de tenerle allí. Le atendían, le mimaban; y así todos sus compañeros... Y poco á poco el público; muchos compradores le mostraban señaladísima predilección, deseando que él les sirviese; llegó esto hasta el extremo de notarse bien pronto la gran ventaja que «La Rosa encarnada» llevaba á «La Bosa blanca», y el competidor se desesperaba de no poder descifrar el misterio; el secreto motivo

que daba mayor progreso y prosperidad al establecimiento enemigo, y que al fin hizo que éste lograra la victoria.

Perico fué viento en popa; subié-



ronle el sueldo... llegó, sin duda por su honradez, á merecer la confianza del principal, dióle éste participación en las ganancias, y al fin un día encerró: con él en el despa-

cho y hablaron ambos de un asunto importantísimo.

—¿No sabes, Fermín?... Sánchez Sánchez... llega á proponerme que me case con la señorita su hermana... ¡Yo no comprendo esto! dijo Perico á su amigo.

—¡Ah! ¿No lo comprendes? Pues si has sido y eres la fortuna de la casa. ¡Tu nariz, tu talismán!...

—Fermín... ¡No te burles!

—¡Ah! ¿Pero tú no habías sospechado?... Eres un inocente.

Primero llamaste la atención... los compradores iban al establecimiento para ver al hombre narigudo... después se decían... unos á otros... cómpre usted, esto ó aquello... en «La Rosa encarnada», no en la blanca, casa de Sánchez, uno que tiene unas narices muy grandes... eras el distintivo característico

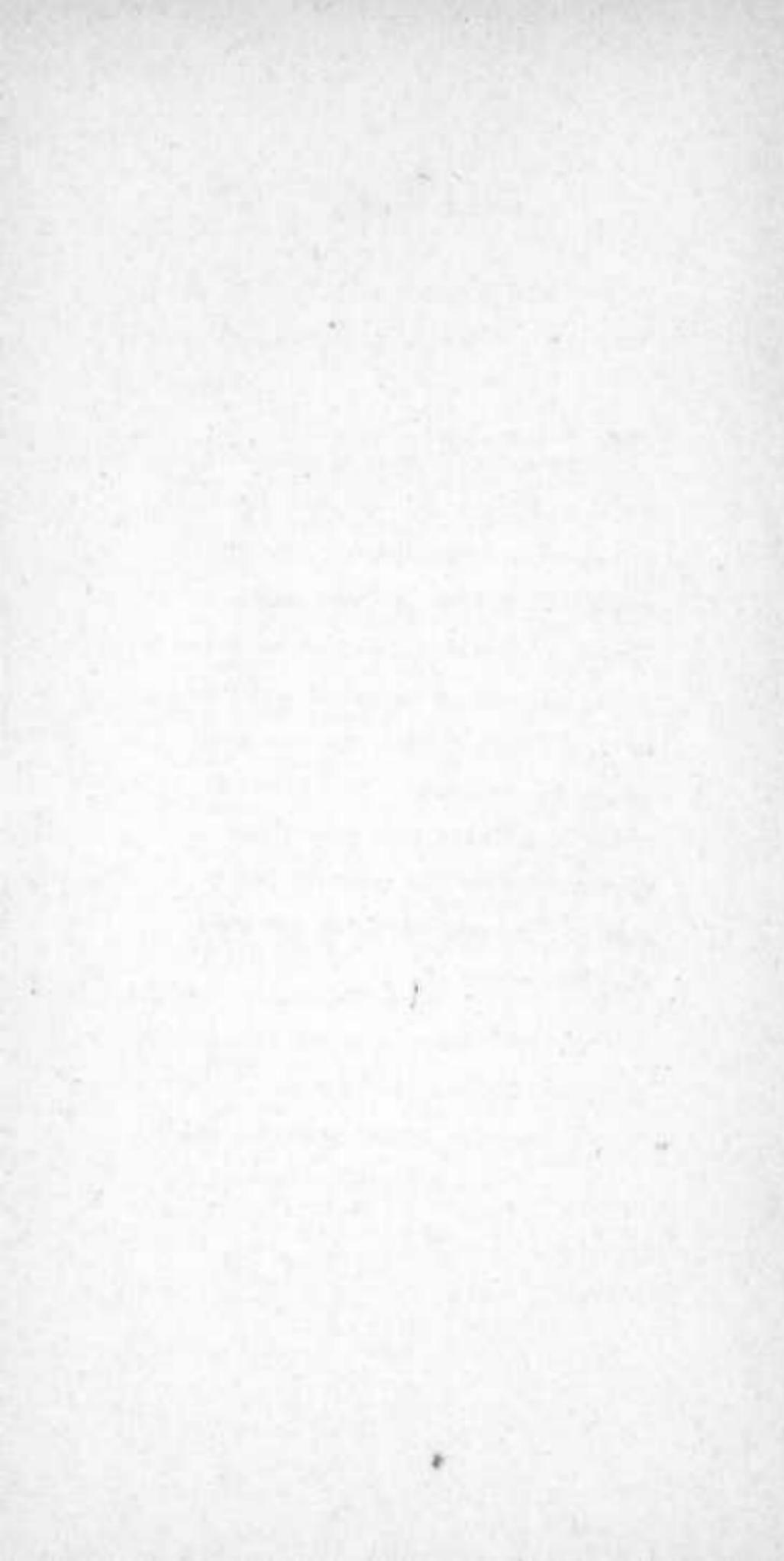
de la casa..., lo demás lo ha hecho tu diligencia, tu bondad... tu honradez...

—Por manerá que... se casa conmigo la señorita Amparo por no perder el anuncio característico de la casa.

—Hombre, no lo creo. La señorita es afable, es buena... y tú tienes un hermoso corazón; ella te habrá sabido apreciar... además, chico, ¿quieres que te diga lo que pienso?... pues bien, no te enfades. Amparo se habrá dicho... ¡Al hombre que tan resignadamente lleva unas tan enormes narices, no puede serle pesada la carga del matrimonio! No seas bábica, no dudes, cástate... Amparo ama tu alma; ¿cómo si no soportaría tus narices —dijo Fermín.

II

Amparo, fresca aun y simpática, halló en Perico un hombre joven, agradecido, honradísimo, y de noble corazón... y hoy la gran nariz de Perico es el majestuoso adorno de la grave cara de un opulento banquero... y Perico cuenta con seis narigudos pequeñuelos... Seis hijos dotados de guiones que profetizan la perpetuidad de una casta de comerciantes ricamente dotados de envidiables narices.



El clarinete de Fortilla.

I

Desde que Aníbal Fortilla había perdido su empleo, á pesar de tener, según decían, familia que sustentar, se había hecho filósofo... Era desgraciado... poco mañoso, un hombre inerte, incapaz para conquistar en la lucha su pan... Sólo había vivido, casi parasitariamente en un destino sedentario de escribiente de Ayuntamiento..., pero las economías municipales suprimieron por innece-

sario y costoso á aquel oficinista de tres pesetas diarias... es decir, de los de tres al cuarto. Se resignó.

Y desde entonces fué un desarra-
pado, un gandul, un vagabundo...
Poseía un clarinete, un viejo clarine-
te; pero no debemos exagerar la po-
breza de Fortilla; era también po-
seedor de unos robustos pulmones,
merced á los cuales podía soplar con
fuerza é incansablemente en su cla-
rinete... Y lo hacía como si en ello
hubiera puesto sus esperanzas. Sólo
tocaba dos ó tres piezas, si bien po-
cas veces lucía la escasa variedad de
su repertorio... pues él no dejaba
sino raras veces su vals... ¡El vals
de Fortilla!

—Tiriró rari rera-torara ri raro ra-
ri tata. Y vuelta á lo mismo.

—Fortilla, amigo mío. ¿Quiere
hacerme el favor de irse de aquí, le-

jos... muy lejos, con su música á otra parte?

—Respetable señor de Nuñez... No desconoce usted, porque es ilustrado, que yo tengo un perfecto derecho á sentarme aquí en el campo á tocar mi clarinete. Usted está en su casa ó en su jardín. Es muy justo; libreme Dios de declararme enemigo de la propiedad ni del sosiego de los capitalistas.... pero yo puedo pedir que se respete el arte y á los artistas... y si en medio del campo, aunque sea á dos pasos de la casa de usted, pero fuera de sus dominios, se me antoja tocar el clarinete... puedo hacerlo... es mi derecho.

—¡Váyase al infierno!—exclamó el señor de Nuñez y metiéndose después en su jardín cerró con violencia la puerta. Pensando para sí: «este tunante quiere que yo le soborne pa-

ra que se marche...»—¡No soy tonto!
El se cansará. ¡Oh, esto es verdaderamente intolerable!

¡Tiritiró... tiiro tiirá—Tata—Tarariri tarariro tirorá—Toto! ¡Seguía y seguía el clarinete!

A pesar de su obesidad, el respetable señor Núñez se paseaba apresuradamente, lleno de impaciencia por el jardín... De tiempo en tiempo, Turco, el perro de la casa, lanzaba unos agudísimos aullidos. Núñez se subió á su cuarto... y allí también llegaba el maldecido toque, toque del infernal clarinete...

Fortilla descansaba un instante para sonreír con alegre malignidad; su clarinete era un fusil, un cañón, trabuco, más terrible que el de los contrabandistas andaluces, un cartucho de dinamita peor que los de los nihi-

listas rusos... Paciencia y seguir soplando!

Núñez... se rindió... ya no podía más ¡No podía ni escribir, ni leer... ni pensar oyendo aquel impertinente vals de los diablos...

—Dé usted tres pesetas á ese bestia de Fortilla, y dígame que se vaya. Dijo por fin el respetable señor de Núñez á su ama de llaves, la cual bajó á desempeñar su comisión.

Esperó afanoso el señor de Núñez el resultado de ella... El vals seguía sonando sin piedad, aún no había ¡legado junto á Fortilla, Basilisa... de pronto, cesa bruscamente el clarinete... y al fin nada, un profundo silencio... la paz, el sosiego... la bienaventuranza... tan sólo se oyeron después el suave ruido de las hojas de los árboles del jardín y el dulce y acompasado tic-tac del re-

loj... Es decir, volvía Núñez á aquella existencia de descanso que había deseado desde que cerró su fábrica, y soltero y rico se dedicó, lejos ya de los negocios, á la placidísima tranquilidad del retiro á sustentarse y cuidarse hasta con regalo, manteniéndose libre de todas, aun de las más mínimas incomodidades...

—Ya se ha ido—dijo el ama.

—¡Gracias á Dios!

—Pero me ha dicho que volverá mañana.

Núñez palideció... Y se puso á pensar con espanto en aquella amenaza, y aun se entregó con inquietud á pensar también por si lograba dar con un medio de librarse para siempre de Fortila.

Mas cuál no sería su espanto al oír de pronto y no fuera de su casa ni en el jardín, ni en su cuarto, sino

dentro de sí mismo, en su cabeza... el horrible vals! Su cerebro resultaba como el cilindro de cera de un fonógrafo impresionado .. ¡Ah! sólo



impresionado por aquel maldito vals de Fortilla.

¡Pobre señor de Núñez!

Se ponía á leer, ¿sí? pues el vals, el vals surgía en la memoria... perfectamente con sus altibajos y retornos y su bien marcado compás. ¿Hacia una cuenta? seis.

diez; ocho; veintitrés... cuarenta y cinco... Pues, tararí... tararí... ¡El vals de Fortilla!

Y hasta parecía que el ruido del viento en los árboles... hacía:

Tararí, tararí, ¡el valsecito...!

Su terror fué grande cuando la vieja Basilia con su cascada voz y acompañamiento de platos en el fregadero, empezó á tararear ¡el vals horrible!...

A la mañana siguiente, cuando Fortilla, que llegaba por el camino de la aldea, estuvo cerca de la quinta de Núñez, halló á éste que le estaba esperauo

—Tome usted dos pesetas más... y es la última vez, pero váyase de aquí, exclamó:

—La última vez, mi respetable señor Núñez? Esto significa que está usted resuelto á aceptar un negocio

que vengo á proponerle—dijo Fortilla respetuosamente.

—¿Un negocio usted?—murmuró con extrañeza el señor Núñez.

—Sí; del que depende el remedio de mi pobreza y la seguridad del sosiego de usted.

—¿Qué quiere decir?

—Usted no me comprende. Vive usted soltero y sin familia... pero, á pesar de todo, usted es padre de miles de bebés y de miles de señoritas con que ha llenado el mundo. ¡Un fabricante de muñecos y de muñecas que ha trabajado tantos años: es un patriarca de hijos de cartón!.. Pero hijos al fin... Tendrá usted que ser compasivo... Me veo forzado por mi mala suerte y por complacer á usted á dejar el arte... ¡No volveré á molestar con mi vals!... Es gracioso y ligeró y de inspirada melodía...

pero yo mismo comprendo que puedan cansarse las gentes de oírlo...

A pesar de todo, confieso mi debilidad... mientras yo tenga á mano mi clarinete... no podré vencer la tentación de tocar mi vals... Todo el mundo ama sus obras... ¡Oh, el arte! Pues bien, cómpreme usted el clarinete, mil pesetas, y es de usted, y hasta puede destruirlo.

—Vamos, usted se figura que soy un idiota... Haga usted lo que guste; yo por mi parte dejo mi casa de campo y me traslado á vivir á la aldea. Allí no le permitirán á usted molestar al vecindario, contestó despreciativamente el señor de Núñez.

—¿Es esa la resolución de usted? ¡Perfectamente...! Pero sepa usted, mi respetabilísimo señor de Núñez, que yo he tomado mis medidas.

—¿Sus medidas? ¡Sus medidas!

¿Qué quiere usted decir con eso?
¡Eal! Quede usted con Dios.

—En atención á las dos pesetas que tengo el honor de guardarme, dejaré por hoy este sitio... pero créame usted, mi dignísimo señor de Núñez, que seguiré diligente procurando que usted me compre el clarinete.

II

En pocas horas los criados, es decir, Basilia y el mozo, barrieron y arreglaron la casa de la aldea; aquella misma noche el señor de Núñez dormiría ya en el lugar. Dicha casa era una finca que poseía el ex fabricante, y que nunca había habitado. La noticia de que el ricachón dejaba su aislamiento y se trasladaba al pueblo, produjo en el vecindario gran sorpresa, y no dejó de ser celebrada.

En efecto, al anochecer llegó el nuevo vecino en su carricoche, metióse en su casa; recibió algunas visitas, cenó y se acostó, y ya cuando iba á entregarse al sueño, resonaron un cornetín chillón, un trombón estruendoso, una murga en fin...

¡tocando el vals... el vals de Fortilla!...

Saltó furioso de la cama.—¿Qué es esto?—decía—. ¿Qué burla es esta? Sí ¡porque esto es una burla!...

—¡Señor, los músicos de la banda municipal que vienen á dar á usted serenata—le dijo Basilia.

—¡Ah, si les habrá enseñado ese criminal de Fortilla el vals!... Bueno, bien; que beban un trago y que se larguen.

Difícil le fué á Núñez recobrar el sueño... Pero al fin durmió. A la mañana siguiente fué á afeitarse á la barbería y cuando ya tenía enjabonada la cara y ya le pasaban por ella la navaja... ¡dió un salto y en poco estuvo que el maestro no le degollara... El mancebo había cogido la guitarra y empezó á tocar... ¡el vals de Fortilla!

Soportó la prueba, por no confesar que era burlado. Salió de allí encaminándose á la iglesia, á misa, por ser día de fiesta... Pues, allí también, lenta, gravemente... oyó el vals; el sacristán tocó en el órgano la feroz composición de Fortilla.

Ya no pudo más el señor Núñez, no le fué dado disimular su enojo; no, salió de la iglesia irritadísimo... y del pueblo, y se lanzó á caminar sin rumbo por el campo... De pronto aparécesele ¿quién diréis? pues Fortilla... con el terrible clarinete en la mano.

—¿Qué ha hecho usted?—exclama el señor Núñez...—en todas partes suena esa musiquilla inaguantable...

—Vea usted señor de Núñez cómo se aviene á razones...

Ya habrá usted comprendido que mi clarinete es arma de guerra, arma

de muchísimo alcance. Atraviesa los más espesos muros... y le mete á usted en la sesera su insufrible sonsonete. Además, la musiquilla es contagiosa, se pone de moda y no hay manera de que no la toque y la cante la gente. ¡A Dios le basta para turbar la tranquilidad de los perezosos, dotar de trompetilla á un mosquito!

—Pero, en fin, ¿qué daño le he hecho á usted, hombre ó diablo?

—Daño ninguno, mi respetable señor...

—¡Dale!

—Daño ninguno... sino que deseo me haga mucho bien... Usted ha tenido muchos hijos de cartón, que no sólo le han dado á usted de comer, sino que lo han enriquecido... Yo tengo tres de carne y hueso... ¡no pueden negarlo, porque se

les ven las carnegitas por los jirones de la ropa raída que visten, y están tan flaquitos, que parecen esqueletos... y yo no puedo venderlos... y necesitan de mí... y he quedado sin empleo!...

—Basta, hombre... Véngase conmigo — suplicó el señor don Núñez... Será usted mi administrador!

III

Van ya más de seis años transcurridos... Fortilla, administrador del señor Núñez, celebra con éste y varios amigos, el casamiento de Carmencita... Están en la comida de boda.

Carmencita, es hija de Fortilla, una muchacha muy guapa; hállase al lado de su novio, que es un muchacho simpático.

Apadrina á los chicos el respetable señor de Núñez.

A los postres, la alegría fué extremada... á Fortilla se le ocurrió... tomar el clarinete y tocar... ¡el vals!, ¡un vals! que no había vuelto á tocar desde el día que todos sabemos...

Pues bien... el señor don Núñez lo oyó sin enojo; antes bien, sonriendo... y pronto tuvo los ojos llenos de lágrimas... y el corazón lleno de una alegría noble é inefable.

LOS POBRES DIABLOS

Dicen que hubo un tiempo, durante el cual y no por mucha duración, reinó la paz en el mundo.

Añaden que por entonces poblóse de monasterios piadosos, vivieron en fraternal concierto los reyes, fué grande la resignación en los pobres y muy fecunda é incesante la caridad de los ricos; leales los hombres, castas las mujeres, sencillos los sabios, rectos los jueces. Las predicaciones doctas difundían santas

verdades en las conciencias, y, en fin, que á poco que hubiera continuado la virtud en las almas, la tierra se habría convertido en mansión de bienaventurados.

En tales tiempos, dicen que, solícitas las artes, sirvieron de gloriosa revelación á las más grandes ideas, y las bien calculadas previsiones mentales y el inspirado ingenio levantaron admirables templos de hermosa arquitectura, que aún son maravillas para nuestro asombro.

Edad de oro, tiempo venturoso, ciertamente; no quiere esto decir que en ellos no hiciera el diablo de las suyas, que él ni deja enredo ni se está quedo; pero afirman los autores que iban mal los negocios del infierno y que esta antigua casa, fábrica de maleficios y de horrores, «venía muy á menos», estaba ame-

nazada casi de una irreparable bancarrota.

Quizás no resulte inverosímil que el mundo, siquiera por breve tiempo, haya sido menos malo... y aun haya podido pasar por bueno, pues en él, á días tempestuosos, suceden días bonancibles...; pero dícese que el diablo estuvo por entonces más furioso que nunca. ¡Cómo estaría!

No olvidemos que á Lucifer jamás le ha parecido que el mundo es bastante malo.

Estaba furiosísimo; por esto, agarrándose á sus cuernos y azotando reciamente con violentas sacudidas del rabo las cuprinas patas.. rugió:

—¡Esto no puede continuar así! No entra en el infierno más que un millón de condenados al día... ¡Es una miseria! ¡Una ruindad! A ver...

Vengan acá dos ó tres diablillos de los de las últimas filas.

De una de las más flamantes y avivadas hogueras salieron tres inmundos diablejos, y mordiéndose sus largas uñas se presentaron ante la satánica majestad.

—Veamos: ¿quiénes sois vosotros? —preguntó Lucifer.

Ellos, resaltando en la espesa y pestífera humareda, fueron respondiendo con chillidos estridentes:

—Me llamo Tapujo, soy de la pandilla de alcahuetes, dueñas é hipócritas, encubridores—dijo uno.

—Soplón, soy Soplón, de la trinca de soplones, chismosos y correveidiles. Me meto, me cuelo, me filtro por todas partes.

—Soy Patraña, el más sumiso súbdito y el más activo servidor de

vuestra real malignidad. Soy de la aristocrática clase infernal; nací cuando vuestra vileza se hizo serpiente en el Paraíso; hijo soy de la mentira.

—¡Huspa! ¡Largo! Subid á la tierra—replicó Lucifer, repartiendo vergajazos en los diablejos—. Subid, á ver qué hacen esos pecados capitales perdiendo el tiempo, y si se niegan á trabajar, traedmelos acá, yo les daré su merecido.

—Voy corriendo—dijo Tapujo, y desapareció.

—¡En un vuelo!—añadió Patraña, siguiendo á Tapujo.

—¡En un soplo!—gritó Soplón, marchándose tras sus camaradas.

Pasó algún tiempo. Los diablejos tardaban en volver. Satanás estaba rabiosísimo, pataleando, echando espumarajos por la boca, y chispas

hasta por las puntas de los cuernos y del rabo.

Al fin los diablejos se presentaron en el infierno solos los tres, y al parecer con las manos vacías.

—¿Que habéis hecho, santos, benignos?— rugió Lucifer, diciéndoles los más terribles insultos que decirse pueden en el infierno.

—Señor, no nos injuriéis—dijo Tapujo temblando.

—Hablad...— replicó aquél, con voz como un espantoso trueno.

—Saca eso—dijo Soplón á Tapujo.

Tapujo sacó de debajo del brazo un papel y se lo mostró á Satanás.

—¿Un papelucho? ¿Qué burla es ésta?—replicó Satanás.

—¡Habla, Soplón!—dijo Patraña.

—Esto, esto es un invento de Patraña. Aquí están todos los ministros del infierno.

—¡Explicáos!—gritó Satanás.

—Yo, señor, sabía que, soplando de oreja en oreja, perdía las almas; Tapujo no ignoraba que ocultando con su maña los delitos de los hombres, éstos pecarían hasta hartarse... Pero Patraña nos dijo que no habíamos subido al mundo á ganar unos cuantos millares de almas, sino á conseguir la mejor victoria que después de la pérdida del género humano en el Paraíso había podido lograr el infierno... y ha inventado una máquina portentosa, que en millones y millones de hojas que de continuo produce, da fruto más pernicioso que el árbol de la ciencia del bien y del mal. ¿No es la mentira nuestra ley? ¿No es la curiosidad humana más exigente que la sed; por la curiosidad no se engulle el hombre hasta los mayores absurdos, que

toma por verdades? Chismes, *canards*, calumnias, disparates, todo se cuele en las anchas tragaderas del curioso. Pues... aquí está servida la mentira... aquí están los siete pecados, sus ministros.

—¡Yo no los veo!—dijo Satanás.

—Voy á hacer que se presenten ahora ante vuestra real malignidad —replicó Patraña, y tomando el papel lo arrojó á las llamas de una de las hogueras más inmediatas al trono satánico. Ardió el papel y volaron las pavesas hasta gran altura, y luego fueron cayendo, y al dar en el cenagoso suelo se convirtieron sucesivamente una por una en seis figuras.

El primero de éstos exclamó:

—Soy la soberbia, estaba en el papel que se ha quemado. Yo prodigo á diario elogios exagerados,

bombos, alabanzas, lisonjas á los poderosos para que se hinchen más y se cieguen; envanezco, adulándoles, á criminales, á prostitutas, á necios y á locos, á los tiranos opresores y á los esclavos desesperados.

—¡Magnífico!—dijo Satanás.

—Yo—dijo otro de los figurones—soy en ese papel un veneno sutil... que estimula á la codicia. Doy reseña de los juegos de Bolsa, de la Lotería, de los negocios fáciles, del agio, de la trampa, del garito.

—Por mí—añadió un tercero—se tiene noticia de los espectáculos inmorales y de los libros obscenos. Refiero aventuras infames del repugnante libertinaje. Ensalzo ó disculpo mañosamente «los crímenes pasionales», plago de anuncios asquerosos el papel..., narro cuentos, novelas y anécdotas lúbricos..., hablo con en-

tusiasmo de las cortesanas famosas y de los teatros pornográficos.

—Portentoso—exclamó el rey del infierno.

Presentóse entonces la ira, y dijo:

—También yo, como éstos, me hallaba en el papel... Yo inspiro los artículos violentos, doy cuenta de los duelos... animo, mantengo y realzo la apología de las guerras, las revoluciones políticas... Soy inagotable manantial de injurias... atizo siempre y en todas partes el fuego de la discordia.

—¡Pasmosísimo!—exclamó Satánás verdaderamente entusiasmado.

—Yo, señor, promuevo la afición y ayudo á la costumbre de los banquetes... empleo la malignidad de refinar la gula de los ricos y de irritar el hambre de los pobres dando

cuenta detallada de las grandes comilonas...

—¡Oh, esto es sublime!—añadió Satanás reventando de gusto, y preguntó después á otro figurón, el último de la fila.

—¿Y tú, escuálido y verdoso?

—Soy la crítica.

—¡Basta!—gritó Satanás—. ¡El invento es colosal! ¡El periódico! ¡Rotativa noria, rueda de pecados en incesante movimiento... que llena de provechos al infierno... Pero... falta uno de los pecados... ¡Ah! Este siempre se retarda.

Entonces se oyó una voz pausada, que habló... deteniendo las palabras entre bostezos.

—No tengo necesidad de levantarme. Con sólo que lean los hombres periódicos... ya ponen en pereza su alma. Comulgando con ruedas de

molino se toman al diablo mismo; e



que lee periódicos ni piensa ni siente... El periódico le sirve con sus patrañas de entendimiento, y con sus

maldades... de corazón. Los tales periódicos son un pasatiempo del que los lee y un entretenimiento del que os escribe... Pereza, todo pereza...

Tal es la obra de Tapujo, Patraña y Soplón.

—El mundo es nuestro... ya no se nos escapa.

—Sólo hay un peligro—apuntó Soplón.

—¿Cuál?—preguntó Satanás, frunciendo el entrecejo.

—¿Que á los hombres les de... por no leer ni aun tales papeluchos?—preguntó un diablo.

—No. Que aparezca un rotativo hecho por la verdad, inspirado en la fe, dictado por la prudencia... Esto es, que vuelen en torno del hombre, para salvarle, las virtudes.

—¡Tal!... ¡Tal!... ¡Tal!...—exclamó la pereza de los pecados sin mo-

lestarse aún en aparecer... No haya miedo de que eso suceda...; de evitarlo nos encargamos... la envidia y yo... y rueda la bola.

Fueron acogidas las palabras de la pereza con general aclamación de «todos los diablos».

—¡Hurra... por el infierno!—gritaban unos.

—¡Victoria!—exclamaban otros.

Pusiéronse en danza llenos de rabiosa alegría. Jamás podrían las virtudes contrarrestar la obra maravillosa de Tapujo, Patraña y Soplón.

—Pronto verás repleto de condenados el infierno...—dijo Belcebú.

—¡Hum!—replicó Satanás—. ¡No cantéis triunfos!... Vosotros no conocéis al enemigo, sois unos pobres diablos... si en ello anda la fe... estamos perdidos. La fe, la fe... es la fuerza más poderosa del Universo.

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
Las manos de hechizo	9
La señaleza de oro	25
La guerra de las dos rosas . . .	47
El clarinete de Fortilla	63
Los pobres diablos	81

A-2541

I-2840

154



0,75 pesetas.

© 1999
VANDERBILT
UNIVERSITY

ALUMNI

REUNION COMMITTEE